

CLETO LAVILLA
Y EL GREMIO INTERNACIONAL DE CUENTISTAS

El espectro
del
teniente D'Autancourt

Dibujos de
MIGUEL ÁNGEL ÚBEDA
coloreados a mano por

CUENTOS DEL **PICOGORDO**

VOCABULARIO

aciago. Desgraciado, infeliz.

amedrentar. Causar miedo y temor.

ardid. Maniobra hecha con astucia para lograr un fin.

asedio. Rodear una ciudad para atacarla o impedir que huyan los que la ocupan.

atemperar. Moderar la temperatura.

augurar. Predecir el futuro.

aureola. Resplandor de luz que acompaña algunas figuras.

balaustrada. Serie de pequeñas columnas de las barandillas.

bayoneta. Arma en forma de cuchillo que se añade al fusil junto a la boca.

capote. Abrigo ceñido al cuerpo y con largos faldones.

casaca. Chaqueta ceñida al cuerpo con faldones en la espalda que llegan hasta la altura de las rodillas.

cebar. Cargar de pólvora el cañón de las armas.

celaje. Aspecto del cielo cuando lo cubren nubes tenues y de matices suaves.

cosaco. Soldado ruso de caballería.

coracero. Soldado de caballería cubierto de coraza.

Chanson de Roland. Poema de varios cientos de versos escrito a finales del siglo XI en francés antiguo y que narra los acontecimientos que sucedieron en la Batalla de Roncesvalles.

declinar. Decaer, reducirse.

del diestro. Llevar una cabalgadura caminando a pie.

entumecimiento. Entorpecimiento de los miembros.

espectro. Imagen fantasmal de una persona fallecida.

estipendio. Paga que se ofrece a cambio de algún servicio.

franco. Antigua moneda francesa.

fusilero. Soldado de infantería armado de fusil y bayoneta.

Grand Armée. Nombre que recibía el ejército de Napoleón.

guardamano. Protección de metal en la espada, junto al puño.

indagación. Intento para averiguar algo.

libra. Unidad de peso, de valor desigual según las regiones.

legua. Antigua medida, variable según los países o regiones, que mide el camino recorrido por una persona a pie en una hora (unos cinco kilómetros).

macilento, ta. Flaco y falto del color natural.

marcialidad. Todo lo que se hace o refiere a la guerra.

marroquiner, ra. Persona que elabora artículos de piel.

mosquete. Antigua arma de fuego mucho más larga y con mayor munición que el fusil.

parva. Montón o cantidad de alguna materia.

polainas. Media de paño o cuero que cubre la pierna desde el pie hasta la rodilla.

resonancia. Sonido uniforme y prolongado en el tiempo que poco a poco pierde intensidad.

señuelo. Cosa o truco que sirve para atraer a alguna persona o animal.

soliviantar. Levantar la preocupación o la alteración en alguien.

de soslayo. Colocarse de costado o de lado.

talud. Inclinación del terreno que forma dos niveles de superficie a distinta altura.

tapaboca. Bufanda.

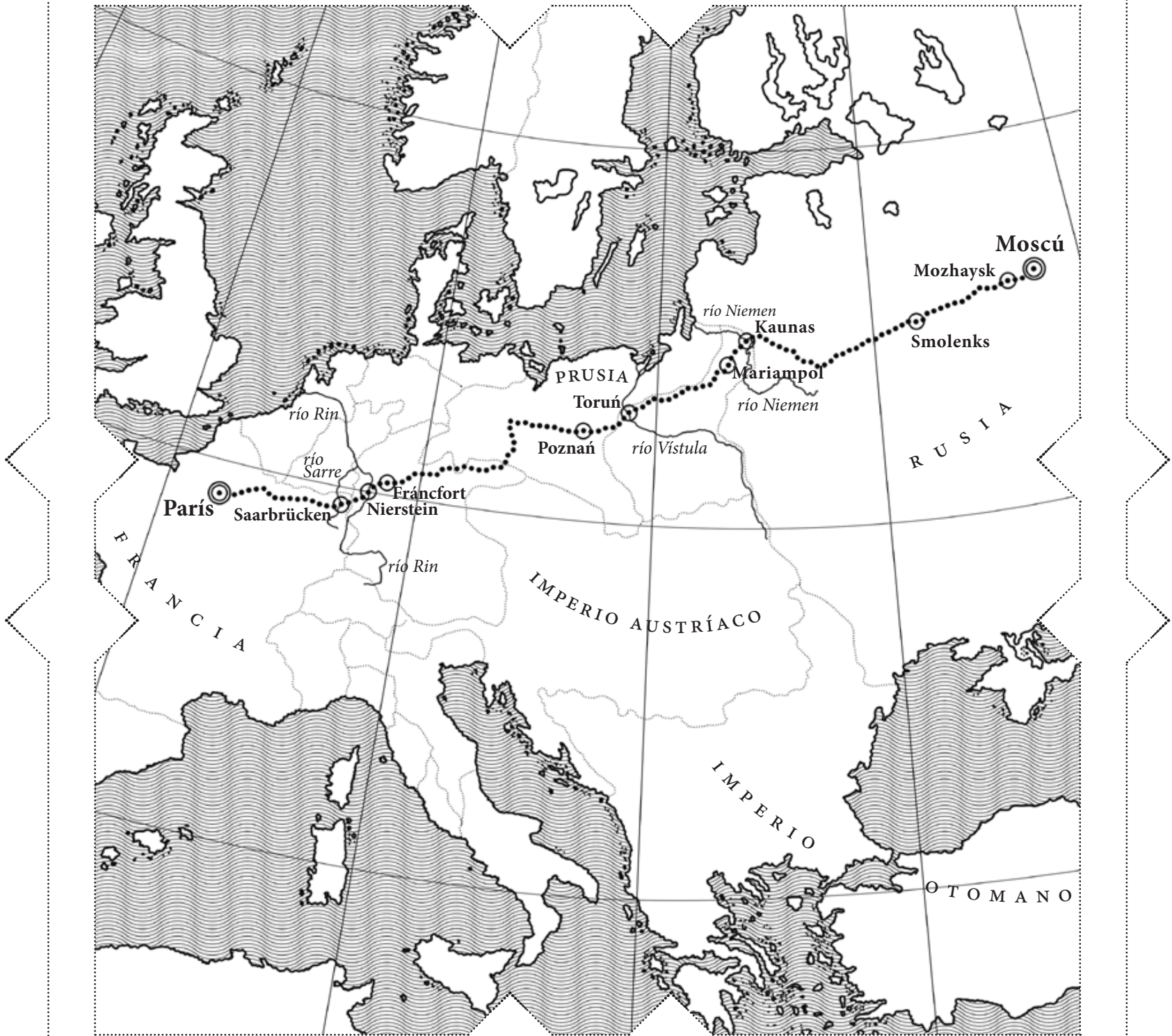
tifus. Enfermedad infecciosa grave que llega a provocar la muerte si no es tratada.

vacilante. Que duda.

vaharada. Aliento visible en forma de vaho.

vaina. Funda de piel, madera o metal para las armas cortantes o punzantes.

EUROPA. 1812



REGRESO DE HORACE PELLETIER

EL ESPECTRO DEL TENIENTE D'AUTANCOURT

Imaginaos al fusilero Horace Pelletier, protegido de la ventisca gracias a la piel de oso blanco que hurtó a un cadáver ruso en el asedio de Smolensk. Alrededor ocurre un acontecimiento cuyo daño humano ganó un lugar merecido en los anales de la tragedia; para otros siempre constituirá digno material disponible en las fuentes del heroísmo. Alrededor ocurre, una vez más, la Historia. Ni la precisión con que se conocen las horas de aquella fecha, amanecer del catorce de diciembre del año mil ochocientos doce; ni los diversos recuentos, no muy dispares entre sí, sobre el número y la nacionalidad de los participantes; ni la bien documentada indagación en el afligido ánimo de quienes formaron parte de aquel momento histórico os permitirían sospechar que el soldado Pelletier vivirá, durante los próximos días, una experiencia de naturaleza fantástica.

Volved a imaginar al soldado Horace Pelletier nada más cruzar uno de los puentes que saltan el río Niemen, a la altura de la ciudad de Kaunas, a la que llaman Kowno los polacos, Kauen los de habla alemana, antiguamente escrita Ковно en grafía rusa. Sabe nuestro protagonista, y se fortalece por ello, que él es uno de los valientes que se ha enfrentado al evasivo ejército del zar Alejandro I; aprecia la gran fortuna que lo distingue entre aquellos por haber sobrevivido al invencible invierno ruso. El soldado Pelletier mira hacia atrás, cede el paso a un grupo de hombres que empujan los restos de una pieza de artillería, sobre cuyos ejes apoya la tabla donde se trasladan tres heridos, ninguno de ellos conocido. Pelletier les busca el rostro, solo uno

lo lleva descubierto, y se arrepiente de cruzar la mirada con él pues lo hunde esa manifestación dolorida de la humillación que ha conquistado la tropa francesa, en contraste con la gloria que cinco meses antes auguró conquistar la *Grande Armée*, cuando cruzaba ese mismo puente sobre el Niemen en sentido opuesto. Ahora se imponen la desolación y la prisa por llegar a cualquier lugar donde se hable polaco. Todos saben que la caballería del general Platov se aproxima. En alguna sección del río han unido barcas y botes con intención de improvisar nuevos puentes. Fragmentos de hielo vagan sobre las aguas del Niemen. Pocos saben cómo actuar. El soldado Pelletier observa como quien cree que habrá de contar lo observado. No importa si la confusión contamina las órdenes de los oficiales. Salvo la retirada nada queda por hacer en Rusia. El ejército del emperador Napoleón se fragmenta como una cadena de eslabones rotos, doloridos fragmentos formados por hombres y bestias de tiro, todos hambrientos, no pocos portadores, sin saberlo, de una enfermedad o herida que será la última. El soldado Horace Pelletier trata de encontrar la columna de su destacamento, el Octavo Cuerpo del Ejército del Mariscal Junot. La noche lo sorprende en los bosques fronterizos de Prusia Oriental. En contra del criterio de mis colegas del Gremio Internacional de Cuentistas os citaré los datos que describen la vida de nuestro personaje.

Horace Pelletier nació hace veinticuatro años en la villa francesa de Beaumes de Venise. Fue el quinto hijo de Pierre Antoine Pelletier, un bien retribuido tonelero que cayó en la ruina tratando de producir sus propios vinos. El joven Horace, que entonces contaba diecisiete años, se forzó a buscar un porvenir en la promesa que envolvía al ejército del empera-



Combatió en Portugal, España y Austria, donde lo hirieron dos veces....

dor Napoleón. Combatió en Portugal, España y Austria, donde lo hirieron dos veces: la primera de un lanzazo en el hombro derecho, sin consecuencias; la segunda durante la batalla de Aspern-Essling, en el pulgar de la mano izquierda, un disparo de mala fortuna que lo llevó al hospital de campaña, donde el afamado cirujano del emperador, *mister Larrey*, le amputó lo que quedaba del pulgar herido. Dos años después estos percances no le impidieron invadir Rusia y tomar la ciudad de Moscú.

Desde que inició la retirada el soldado Pelletier no ha probado el pan y, menos aún, el vino; perdió en la batalla de Berezina el mosquete de chispa pero bajo la capa de piel de oso blanco aún conserva la mochila y el uniforme de fusilero, aunque el chaleco cuenta solo con la mitad de los botones, ennegrecidos por la miseria. Unos días antes de cruzar el río Niemen se deshizo de las cinchas y de la cartuchera para la bayoneta, que Horace no recuerda en quién dejó clavada.

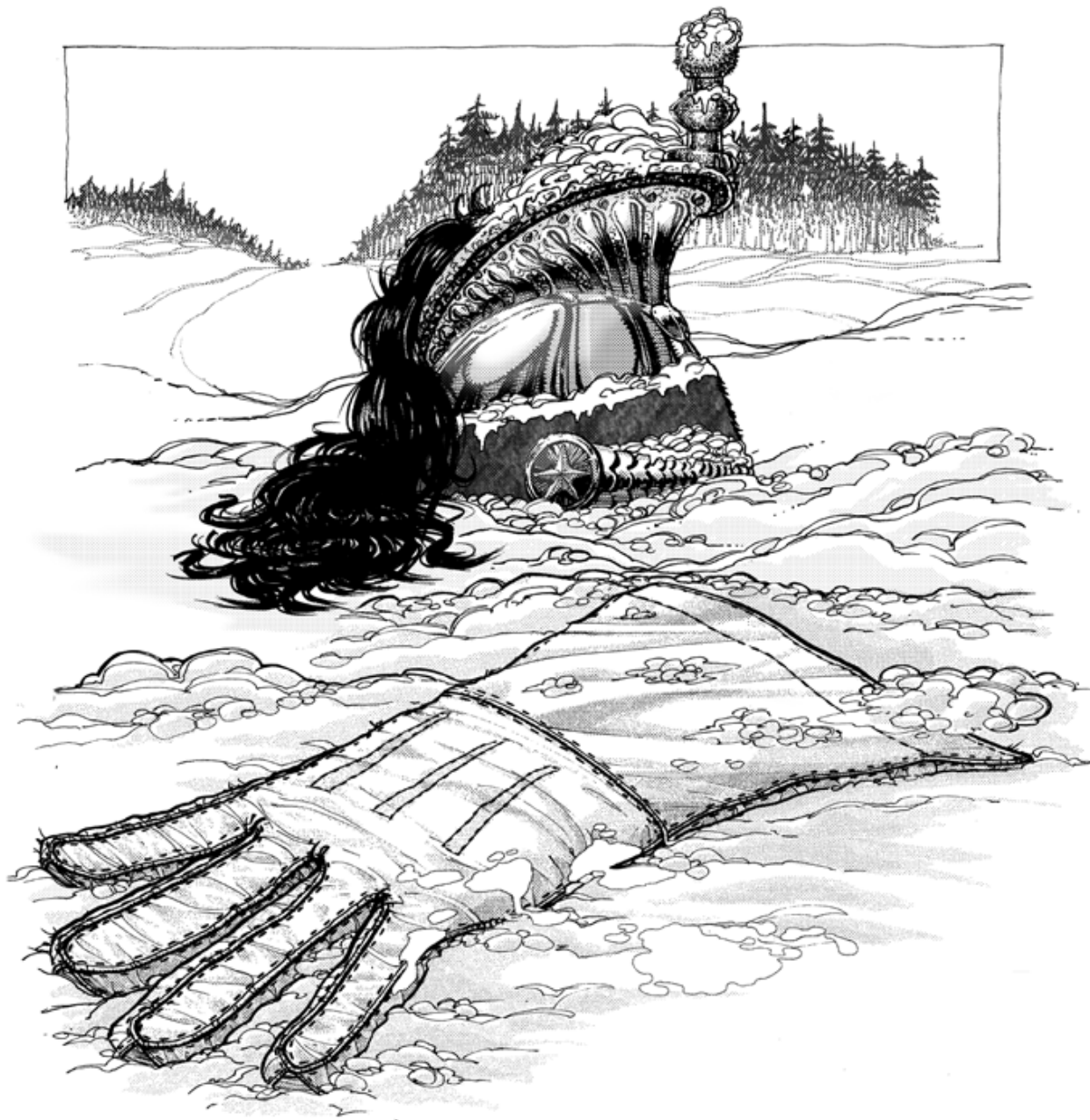
En este instante, ante la noche de diciembre que se avecina, el fusilero recela. Calcula siete leguas, quizá algo más anduvo en la jornada. Hace una hora atisbó tres casas de campesinos, donde se habría guarecido de no haberlo avisado el aspecto de quienes ya se refugiaban allí. Escuchó sus lamentos como si sonaran a despedidas. El soldado Pelletier teme a la fría amanecida que le espera si no halla cobijo, pero ha visto antes el vértigo febril, la náusea pavorosa y las erupciones enrojecidas por el tifus, esa enfermedad que devasta al ejército francés. Temeroso al contagio Horace se aleja, decide enfrentarse a la noche dentro del bosque. Conserva en la mochila una gruesa manta de lana y lo acompaña su capa de piel de oso blanco. La suerte le brinda refugio en un talud orientado al Sur. Acomoda el hueco con heladas hojas, remueve la tierra y la extiende. A punto de cerrar los ojos lo reclama una luz entre los árboles. El hielo aéreo se manifiesta en la bruma, de pronto iluminada. El fusilero Horace Pelletier cree que está enfermo, se frota los ojos, lleva la mano a la frente. Sin fiebre ni delirio el escalofrío aparece como un síntoma del temor paralizante. La visión de la luz blanca le impide calmarse. Distingue que no es una luz sino un halo de claridad que acompaña a quien avanza hacia él. Sin su antiguo fusil se pregunta si debe saltar del refugio y huir. Unos meses atrás, cuando se batía contra el enemigo ruso, ninguna pregunta lo habría frenado de la forma que el espanto y el cansancio lo retienen ahora. Al soldado Pelletier solo le cabe esperar. Al menos el militar que se acerca viste uniforme francés.

Dentro del Gremio Internacional de Cuentistas hay quien opina, como el insigne Eric Athiel, que el espectro del teniente D'Autancourt apareció a lomos de poderosa cabalgadura. Aunque el rigor histórico revela que ciertos cuerpos de coraceros franceses formaban sobre fuerzas de caballería, a la opinión del cuentista parisiense se opone el argumento que dentro de poco conoceréis, propuesto en boca del oficial aparecido en el bosque. Por ahora destacaré que el pavor del soldado Pelletier no cede. Motivos encuentra para que la sangre le congestione las venas cuando el teniente se planta a unos pasos del refugio. Horace apenas acierta a incorporarse lo más rápido que puede y a cuadrar la postura ante el oficial de caballería. La marcialidad con que el teniente responde al saludo levanta la solapa de su casaca. En el acto se descubre un orificio en la coraza metálica, a la altura de la axila izquierda, del tamaño de un proyectil de cuatro libras. Horace aprecia que el impacto de la bola maciza debió ser mortal y el teniente, como si atendiera al pensamiento del fusilero, se lo confirma: «Caí a tierra pero ya no sentí que caía». La voz del oficial vibra con una leve resonancia metálica. La luz

que emana de su presencia aísla la escena y la ampara de la oscuridad boscosa. Horace Pelletier, apresado en el halo de claridad espectral, olvida la helada hora. Los sentidos adoptan la misma vacilante disposición de su postura. Solo se siente capaz de atender la dolorida expresión que lo vigila. Los abultados pómulos del teniente acrecientan el hundimiento de los ojos, caídos hacia el interior del cráneo en concéntricas y oscuras estrías; la comisura de los labios se multiplica en arrugas que exceden tras el poblado mostacho, blanquecino como la piel, como las pupilas, como la holgada dentadura entreabierta. Pero salvo el orificio en la coraza el espectro del teniente viste un uniforme impecable. La aureola de luz que lo envuelve insinúa el preciso tallado de las botas, la botonadura en el costado del pantalón, el sable en vaina, la casaca de recias bocamangas y un desafiante casco cuya cresta de crines recuerda haber visto antes el fusilero Pelletier, en el asalto previo a la toma de Mozhaysk, ciudad que los rusos escriben Можайск y los franceses Mojaïsk, donde jamás olvidaría haber escuchado, entre el retumbo de la tierra al paso de la carga de coraceros, la airoso voz de un oficial francés que cabalgaba entonando versos de *La Chanson de Roland*.

En ese instante preciso, como si el pensamiento de Horace se hiciera visible en la helada noche, el teniente recita la siguiente estrofa: «Mantened la guardia en el campo de batalla, de cimas a valles; dejad a los muertos tal como fueron abatidos; ¡nadie se acerque a ellos!, ¡ni escudero ni noble!; queden como están, lo ordeno, hasta que Dios permita nuestro retorno a este lugar». Y a continuación confirma al fusilero: «También estuve en Mozhaysk; recién dadas las ocho de la mañana, frente al naciente sol; la retaguardia rusa ocupaba la colina, al otro lado de la ciudad, por fin ocupada; la orden dictaba expulsar el resto del ejército ruso; cien de nuestros hombres acompañaron una compañía de infantería ligera y granaderos; cegados por la luz del sol ninguno descubrió que los rusos ocultaban una reserva de artillería; ascendimos sin desconfianza». El soldado Horace Pelletier se decide a hablar: «Oí el estallido y la descarga». El teniente retoma la narración: «Habríamos disparado a la distancia de cuarenta pasos pero antes lo hicieron los artilleros rusos; a mi lado cayeron hombres y caballos; escuché el proyectil, llegaron el golpe en la coraza y el desgarró de mi pecho, después se hizo la gélida brisa y el silencio, la oscuridad, las noches en el bosque, hasta que has aparecido». Por último Horace lo escucha presentarse: «Teniente Charles Louis d'Autancourt, del inmortal Cuerpo de Coraceros al servicio del Emperador».

El fusilero Pelletier, inmóvil, guarda silencio. Una inoportuna queja del estómago lo llena de dolor por dentro. La queja



... escuché el proyectil, llegaron el golpe en la coraza y el desgarró de mi pecho...

alcanza los huesos de su columna y a través de ellos, saltando de vértebra en vértebra, asciende hasta la conciencia. La boca abierta y floja deja escapar una vaharada exhausta. El aliento se congela al instante y luego desaparece. El teniente D'Autancourt avanza tres pasos y encara al soldado: «¿Nombre y rango?». Horace excava en la profundidad de los ojos que tiene delante, en un vano intento por encontrar las pupilas que lo acechan. La blanca tez del teniente trae a la memoria el ros-

tro de los cadáveres tendidos durante días sobre la nieve de los campos rusos. «Soldado Horace Pelletier, del Regimiento de Fusileros del Octavo Cuerpo del Ejército del Mariscal Junot», contesta por fin. «¿Estás muerto?», pregunta el espectro. Horace se retuerce como si las entrañas se dividieran en fragmentos. Como trata de responder con cordura busca los restos de lucidez que ha dejado la llegada del espectro. El teniente lo hace por él: «Los sucesos nos niegan saber quién ganó más fortuna,

si quienes viven tu aciago presente o estos que fallecimos sin tiempo para formarnos una idea del dolor que nos ayudaba a morir». El soldado Horace Pelletier se echa hacia atrás, con las dos manos aprieta el estómago. «No temas, combatimos en el mismo lado», aclara el oficial, en cuya voz es cierto que se acomodan la resignación y la calma.

«Soldado, preciso una gracia», ruega el teniente. Horace yergue la postura, dignifica la espalda retraída y sin una sola palabra tiende al oficial su disposición. El teniente se busca las manos, de su dedo extrae un grueso anillo y expresa la siguiente solicitud: «Mi joven esposa vive en París; mi muerte no la obliga a un perpetuo duelo; te ruego que devuelvas mi compromiso de esposo y liberes su futuro; la juventud de que disfruta justifica que disponga de libertad y emprenda una vida nueva». Horace recoge el anillo que el espectro le tiende. Entre dudas el soldado responde: «Muy pronto los cosacos rusos penetrarán en Polonia, tras los últimos retirados; no os aseguro que llegue a París». Y a continuación concibe una excusa que vale como proposición: «Necesitaría un caballo». El teniente D'Autancourt retira la casaca y hurga en el forro interior. «Cuéntalas», le pide. Horace recibe siete monedas de oro de cinco francos. Tras valorar el montante dictamina: «Será insuficiente». Pero el teniente demuestra que pensó en ello antes; ha desarreglado la coraza y de debajo extrae un mazo de naipes: «Hará que ganes el resto».

Detengo la narración y reúno aquí las dudas de mis compañeros del Gremio Internacional de Cuentistas. El poeta Dimas Fogo se opone a que el espectro del teniente D'Autancourt acuda a los naipes franceses, pues dicho juego le parece falto de la distinción aristocrática que ennoblece a los dados, pieza geométrica que, en opinión del poeta portugués, sirve para que se manifiesten la inconstancia, el capricho y la libertad. También la *großmutter* Von Branberg se inclina por los dados aunque llevada por una razón práctica: el forro de la casaca los guarecería con mejor disimulo. Ambos se equivocan. Junto con el insigne Eric Athiel y la tiradora de esgrima Ophelia Rosewater, experta en batallas de salón, opino que los naipes ceden a la influencia del azar pero admiten que los reorienta la destreza del jugador, ventaja que siempre ve propia quienes son tentados a batirse en la mesa. Nos viene del todo oportuno pensar que el espectro dotó al fusilero de un mazo de naipes, como se demostrará en la escena ocurrida durante la jornada inmediata, cuando el soldado Horace Pelletier apueste ante una confiada pareja de granaderos sajones sin restos de aprecio hacia la disciplina debida al Séptimo Cuerpo del Ejército del

General Reynier, acompañados por un sargento italiano que trataba sin éxito de ocultar su rango y ocupación, inoportunos ahora que todos van en retirada, cubierto con un capote de trampero y un tapabocas de piel de zorro negro, bajo cuyo abundante pelaje hacía por disimular el cuello de la casaca.

Uno de los granaderos sajones exhibe dos galones y el otro muestra amoratados la nariz y los pómulos, síntoma de reciente congelación. El sargento italiano no se despega de un ligero equipaje de origen incierto, una mochila de cintas rojas que el soldado Pelletier vio transportar de un lado a otro del campo de batalla a los cirujanos rusos. Sucederá tal como predijo el espectro del teniente cuando Horace objetó que nadie querría jugar con los naipes de otro; y en efecto sucedió que los tres soldados no presintieron el origen sobrenatural de la baraja y cedieron al señuelo del fusilero francés, cuyas monedas de oro había mostrado al cantinero para costear un plato de arroz cocido con galleta de azúcar blanco y un vaso de aguardiente, tras lo cual extendió los naipes como si fuera a batirse contra sí en un juego solitario, sentado a la orilla de una parva de cebada y uno de esos célebres calderines para elaborar cerveza que abundan en las tierras entre el Rhein y el Wisła, ríos que también conoceréis como Rin y Vístula. «Los naipes no están marcados», le avisó el teniente para que mantuviera un temple libre de sospecha, «pero te favorecerán las mejores jugadas».

Apostó y ganó y abandonó la cantina en cuanto pudo, cayendo la tarde. Horace trata de dejar la aldea de Marijampolè, que los polacos llaman Mariampol, no sin antes buscar la herrería donde, según el teniente D'Autancourt, lo recibirá un viejo armero que sobrevive gracias a manejarse con soltura ante la fragua. Por sesenta francos el fusilero consigue un caballo bretón cuyo aspecto recuerda los servicios que el animal prestó a la artillería del Emperador. Habría escogido un ejemplar con mejor trato, se lamenta el soldado, pero no le ofrecen otra cabalgadura. Con la última luz del día, sumido en la consternación que le produce la incertidumbre de su destino, Horace Pelletier sigue la caída del sol, hacia el Oeste, prevenido por el consejo que la noche anterior le brindara el espectro del teniente D'Autancourt: «Evita las poblaciones y los caminos principales por donde se desplaza la tropa; espanta toda compañía; duerme en campo abierto, en bosques o montes solitarios; deja de lado las casas de labor, los graneros y los establos aislados».

En las siguientes jornadas el fusilero Pelletier recorre la Pomerania, cruza el río Vístula, en Poznań cambia la montura y veintiséis francos más por un caballo húngaro ligero y bien disciplinado, desciende hacia el Sur y continúa por tierras don-



... deja de lado las casas de labor, los graneros y los establos aislados.

de se habla alemán hasta que arriba a Sajonia, que allí llaman Sachsen o Sakska. En el camino ha mudado el aspecto para no recordar a nadie su pertenencia al ejército francés. Ya no viste el uniforme de infantería: gasta calzado de cordones, amplio pantalón de algodón, camisola de lino con cuello y botones de hueso; se ha desecho de la piel de oso blanco y utiliza un abrigo de paño doble al que cierran lazos de cuero. Cuanto llevaba en la mochila de fusilero lo traspasó a una nueva, de cintas y bolsi-

llos de tela. En alguna aldea entra para abastecerse de vino, que vuelve a probar después de muchos meses, salazón de pescado, pan y azúcar blancos, galleta de avena. Cuando lo necesita acude a la baraja de naipes. Apuesta contra jugadores de toda índole. No pocas veces el juego se acompaña con cerveza, aguardiente de orujo o el incendiario ron de Jamaica, recién traído a Europa por mercaderes holandeses. El talante de los jugadores no amedrenta a Horace Pelletier, que ha batallado en frentes y